

PALPITANTE ASENSIO

FRANCISCO CELDRÁN SÁNCHEZ

ASENSIO EN SU ÚLTIMA SOLEDAD

Sufrió mucho los últimos dos años. La repentina hospitalización de Pepita por una dolencia cardíaca de extrema gravedad, le condujo, sin remedio, a una postración física y psicológica que ya no le abandonaría. Nunca consiguió superar su estancia en esa blanca antesala de las pérdidas irremediabables, en ese ámbito quirúrgico de miradas y gestos facultativos. Y sobre todo, la incertidumbre de una noticia fatal que, si bien no se produjo, arruinó su fortaleza para siempre. La muerte, tantas veces rimada y contada por nuestro escritor, se le reveló tan cruel y cercana, que todo su mundo se vio invadido de hipocondrías y pánicos, contra los que no pudo practicar, como tantas veces a lo largo de su vida, el exorcismo eficaz de una greguería, de una metáfora.

Cuarenta años, son los que separan aquél Asensio que descubrí, cuarentón, artista impecable, siempre noble y cariñoso, de este otro (el de su desaparición), que sin dejar de ser el de entonces, el de siempre, quedó varado una tarde en la



Asensio de Primera Comunión.
Propiedad de Pepita Sáez

playa de su imaginación y se fue secando al sol inclemente de acelerados olvidos. El niño avisado singular y premonitorio que aparece en su fotografía de primera comunión, se mete en su cuna, se arrebujá, se repliega sobre sí mismo y ya es sólo silencio que late, que sueña la vida en su trance hacia la muerte, que muere y regresa dios sabe dónde. Se ha cerrado el círculo.

En el cementerio hay un cadáver que un día sirvió de modelo al busto insigne que preside su centro cultural. En el número 101 de la calle Mayor, en su casa, Asensio sigue contemplándonos desde su privilegiado balcón, con las maderas entreabiertas, ¿acaso no veis su rostro, cordial y un tanto pillín, tras los cristales, tras sus gafas? Saludadle, a él le gusta.

SUS MUJERES

Son las de la fotografía, tomada en La Ribera de San Javier el 09 de abril de 1985. En el centro, la madre, doña María, flanqueada por las hijas Juanela y Pepita. Falta una cuarta mujer, la “Madrina”, amiga de la madre, que vivió en la casa familiar de los Sáez hasta su muerte. En los años ochenta moría Juanela, “si no creyese en Dios no lo hubie-



9 de abril de 1985, madre de Asensio y sus dos hermanas, en La Ribera (San Javier).
Propiedad de Pepita Sáez

ra podido soportar”, me confesó Asensio una tarde, con el rostro demudado, tras mi ingenua, por juvenil, defensa apasionada del escepticismo. Confieso que aquella simple respuesta, en aquél momento y dicha de aquella manera, me conmovió primero y me hizo responderle con agradecimiento y cariño: “Asensio, acabas de demostrarme que Dios sirve para algo, lo que, seguramente, ya es mucho. Aunque sigo pensando que Dios es una necesidad humana, no una realidad”.

—“Te equivocas, Paco, te equivocas”

Asensio vivió siempre rodeado de mujeres. Y todas le adoraban, le mimaban, le cuidaban (María Cegarra merece un capítulo aparte).

¡Asensio, dedicado en cuerpo y alma a su obra, rodeado por el amor fervoroso de los suyos! Mujeres y más mujeres. “Asensio era muy coqueto”, me dicen. Y añaden; “Salió a su madre, una señora muy inteligente y sensible”.

Al final, sólo le quedó Pepita. Los dos hermanos, asistidos por Paqui, en su casa, en su torre de marfil. Asensio se mantuvo siempre a distancia de la vida, pero, al mismo tiempo, inmerso, apasionado disfrutador de ella.

Sin aparentes carencias afectivas y de ningún orden ¿qué le llevó a crear su propio universo? Me viene ahora a la memoria “El Principito”, de Saint-Exupery... y tantos otros.

LA UNIÓN, SU CRIATURA

Asensio es La Unión como La Unión es Asensio. La ciudad mítica, presente en toda su obra, aparece en la realidad a destellos, como alumbrada fugazmente por un relámpago. La Unión de ese retrato en sepia del siglo diecinueve y principios del veinte es una hermosa fábula sin la cuál (¿contradicción?) no entenderíamos nunca esta otra ciudad histórica.

Asensio convivió siempre con la visión deslumbradora de su pueblo: un collage de miradas afables, educadas y complacientes. Una panorámica adivinada siempre desde su balcón a la calle mayor, desde su balcón al paraíso. Es el Asensio de los diálogos trasnochados e imposibles y, por eso mismo, atrayentes en su rareza. ¡Costumbrismo iluminador de mesas camilla, con rosario en familia, una palabra nunca más alta que otra, la sonrisa pícara tapada por la mano oportuna, la mirada chispeante del joven, la gravedad de los mayores y un aparador atestado de nostalgia!

La tragedia, el drama, el minero que agoniza asfixiado por la silicosis o aplastado por una roca, el coro de viudas y niños sin nada que llevarse a la boca que sus propios mocos, La Unión de las afueras, de las casas de techo de láguena y hambre, mucho dolor y mucha miseria, también se divisa desde la ventana que abre Asensio, pero a esa otra ciudad la desdibuja una hermosa puesta de sol sobre el Cabezo Rajao, o el dulzor de un tocino de cielo. Allá a los lejos, donde las lentes de Asensio casi no llegan, procesiones de seres famélicos en alpargatas suben a la sierra, a la mina, con la fecha de su muerte, inevitablemente temprana, grabada a golpes de injusticia en frentes y almas. El escritor lo sabe y lo cuenta pero es preciso aderezarlo todo con adjetivos almibarados. ¡Hay que endulzar la vida, aceptarla porque no podemos cambiar nada; o muy poco!. La realidad no tiene por qué empañar los sueños.



Asensio con el autor de este artículo, 1975. Propiedad de Fco. Celdrán.

En el ensayo “el escritor frente a su espejo”, Asensio opina que el proceso de escribir es “el ejercicio más apasionante, lúcido y trascendente que puedes realizar (...) Un acto sacramental en el que la materia sagrada es la cuartilla fuera de la cuál quedan aparcados todos aquellos escollos, frustraciones, dudas y fantasmas correspondientes a un mundo que empieza a no complacerte en exceso pero con el que tienes que contar”. (lo señala Verónica Dean-Tacker en su introducción a “Boda civil y otros cuentos”).

¡Asensio, minero atípico, pero minero a su manera!

“Minero soy de La Unión”, escribió en su Himno a la ciudad minera; para que fuese pregonado a los cuatro vientos, a modo de pliego de cordel, su amor a esta tierra.

ASENSIO CREYENTE, NUNCA BEATO

“Asensio fue siempre muy religioso”, dice Pepita; y apostilla: “pero no de esos que van todos los días a comulgar”.

Ni de los que leen la Biblia a menudo; tal vez sí de los que rezan antes de dormirse y, sobre todo, de los que cumplen los preceptos los domingos y fiestas de guardar. Tuvo siempre un sentido estético de la religión. Y más que ético, que lo fue, lo que siempre destacaba en él era su exquisita educación.

Era creyente sin fanatismo y, además, enamorado empedernido de toda la iconografía religiosa. La Virgen (también María) fue, desde siempre, otra de sus mujeres; tal vez, el resumen de todas. Ella le llevó en volandas por fantásticos escenarios de belenes, navidades todo el año y procesiones con santos elementales, bellos y condescendientes; vírgenes que lloraban néctar o cristos con llagas de bermellón. ¡Santos de palo, de palo santo! ¡Disfraces y fiestas devotas pero con ansiedades paganas!

¡Semana Santa!, una bendición para el goce espiritual, también para los sentidos.

¡Asensio, tu fantasía estalla, tus sentidos se embotan de sensaciones y colores. El gran teatro del mundo levanta el telón para interpretar su drama más barroco y cotizado. Y se representa para ti, sólo para ti! Desfiles, tronos... vestir, adornar, disfrazar... ¡qué dolorido goce!



Asensio con María Cegarra junto al antiguo Mercado Público. (Finales año 1940).
Propiedad de Pepita Sáez.

Los viajes de Asensio por diversas capitales españolas tienen siempre el mismo leitmotiv: la semana santa.

Y una confesión a su cuidadora que certifica su último, su más profundo deseo:

– “Paqui, como he escrito y hecho tanto por la Virgen del Rosario, sé que me va a acoger cuando me muera”

OJOS ABIERTOS, ENTORNADA MIRADA

Asensio siempre con la pupila exacerbada por la bella composición, más que por el drama o la tragedia. El escritor-pintor que, desde su balcón a la calle mayor, miraba siempre la cotidianidad de su pueblo con ojos pretendidamente ingenuos, fue el que con esa misma perspectiva candorosa ideó un mundo a su antojo.

Artista puro, Asensio inocente en el sentido más noble del término, por cuya obra pasa de puntillas toda aquella realidad terrible, de hambre y dramas sin cuento, de explotación salvaje.



Asensio con María Cegarra y Carmen Conde. (Principios años 1970, Cala Reona).
Propiedad de Pepita Sáez

–“¡Yo no puedo hacer nada, sólo contar!”

¿Y la rabia, Asensio, y la impotencia? Me miraba condescendiente y respondía: –¡Escribes maravillosamente! sigue así. Primero la literatura, y después también.

En aquellos días impetuosos no llegaba a entenderle del todo. Ahora sí, plenamente.

“La Unión, biografía de una ciudad alucinante” es el paradigma de ésta visión fantástica del Asensio que se recrea en su sempiterno ensueño. Así fue porque no pudo ni pretendió ser nunca de otra manera.

Asensio no era historiador, ni flamencólogo, ni siquiera cronista de su época, lo único que procuró importante y acometió con rigurosidad fue el manejo de la lengua escrita, de la gramática española, para explicarse y explicarnos sus emociones. ¡Nada más y nada menos!

DICE PEPITA

Pepita, cinco años menor que su hermano, me cuenta que “a Asensio no le gustaba el colegio. Era el niño mimado, el mandón de la casa, el centro de atención en torno al que giraba todo”.

“Jugábamos mucho. De pequeño se inventaba procesiones en casa. Él nos disfrazaba y nos dirigía, a mí, a Juanela, –sus hermanas–, como a nuestros primos. Nos ponía encima de un cajón que hacía de trono”.

“Era muy ocurrente y todos le hacíamos caso en lo que quería” “Fíjate, compraba papel de seda de colores, con el que se hacen las carrozas en las fiestas, lo mojaba en el agua y nos pintaba. Mi madre tenía que reñirle: No las pintes, que eso les estropea la cara”.

Según cuenta su hermana, Asensio comenzó simultaneando sus dos vocaciones: la pintura y la escritura. “Cuando veía en el cine a una artista que le gustaba llegaba a casa y la pintaba. Ahora me acuerdo que lo hizo por ejemplo con Catalina Bárcenas”.

“Íbamos al cine Condal. Le gustaba muchísimo el cine.”

Todavía era muy joven cuando entró a trabajar en la Maquinista de Levante. Pepita precisa: "Estuvo en el departamento de contabilidad, pero muy poco tiempo. Nunca le gustaron los números. Mi madre hablaba con unos y con otros para que lo sacaran de allí. Le decíamos: ¡ya verás como la Virgen del Rosario te saca de La Maquinista! Porque él le tenía mucha vocación a la Virgen. Y, mira, así sucedió. El mismo día de su festividad salió de aquellas oficinas. Era su primer trabajo".

"No se perdía fiesta ni verbena; pero no sabía bailar. Las muchachas decían que las mareaba".

La memoria de Pepita vagabundea por el tiempo. Se esfuerza por ser precisa.

¡Que no importa Pepita, que no se trata aquí de fechas exactas. No es una biografía, son sólo tus recuerdos para conocer más y mejor a Asensio!

Y seguimos hilvanando retazos de una vida que su hermana no cesa de calificar como: "la más normal y sencilla del mundo".

"Sí, le tuvo siempre devoción a Juanita Reina. Era su predilecta. También a Celia Gámez y a Sara Montiel. Eran los discos que escuchaba"

"Asensio no quería ni imaginar que tuviese que irse a vivir a otro lugar que no fuese La Unión y su calle Mayor"

"Íbamos juntos a todos los sitios. Viajamos bastante los tres, Juanela, Asensio y yo. Toda su vida tuvo muchas mujeres a su alrededor. Para que le gustara una mujer tenía que ser guapa; nunca hubo una que le hiciese tilín para ir más allá".

He bromeado mucho con Asensio a costa de su sentido de la belleza, de esa búsqueda inconsciente de la guapura ya fuera en un escenario de festival, en un santo de escayola o en un ser humano. Sobre todo, claro está, en un texto literario. Y es que lo bello impregna todos los sentidos del artista. No me resisto a transcribir aquí lo que expresa en su "Libro de las cuatro estaciones":

–"A la fea, Caronte le cobraba el doble por el paso de la laguna Estigia".

A Asensio se le iban los ojos tras los escotes abultados y generosos de las señoras.

¡Asensio, mira que frase: "...sus pechos son la gloria, allí puedo dormir, pensar, incluso llorar...", deberías ser más moderno y bajar los escotes de tus pinturas. Vamos, que enseñen un poco el tetamen!

A Asensio se le iluminaba la mirada exhibiendo una sonrisa pícaro, traviesa y condescendiente ante mi inapropiado comentario.

Ahora es Paqui, su joven cuidadora que está con ellos desde que era casi una cría, la que tercia: *"Era muy caprichoso. Los guisos no le gustaban. Prefería que le pusiese varias cosas y picoteaba aquí y allá. Los dulces lo volvían loco. Todos los años, por su santo, le preparaba tocino de cielo y hasta aplaudía"*.

"Ah, tenía locura también con los michirones y los pasteles de carne que sus primas le traían de Murcia. Y en Navidad me llevaba a Cartagena, a la calle de San Fernando a comprar dulces, cordiales, mazapanes. Era muy goloso"

"¿La vestimenta? Le daba lo mismo, nosotras éramos sus estilistas".

Y Pepita: "Era muy poco mañoso, lo manchaba todo de pintura. En cualquier papel escribía un artículo y después cuando tenía que corregirlo nos preguntaba dónde estaba"

Asensio mecanografiaba con dos dedos en su vieja máquina y hacía muchas correcciones.

"Se acostaba siempre con libros y se pasaba hasta las dos o las tres de la mañana escribiendo, leyendo. Yo me despertaba: ¡Asensio, apaga ya la luz!"

"Te apreciaba bastante. Le gustaba mucho lo que tú escribes, siempre lo decía".



Asensio y sus dos hermanas en Valencia (1958).
Propiedad de Pepita Sáez

Para Paqui, "Asensio fue, sobre todo, sencillez. Una educación extremada. No dejaba que nadie se sintiese incómodo en su casa. Todo esto hacía que yo lo admirase más; de ahí pasé a tenerle un gran cariño y a quererlo. Nunca se las dio de importante".

Pepita: "Sencillo. La familia estaba por encima de todo. Siempre tuvo pasión con sus hermanas y con su madre".

ASENSIO EN SUS CABREOS

A Asensio le cabreaba la chabacanería. En sus últimas tres décadas, surge el escritor iracundo contra la literatura del taco fácil, contra los artistas que se venden a la moda del exabrupto y el exhibicionismo vulgar en televisión. Sus admirados Cela y Umbral, le defraudan por esas razones.

"De la pintura de vanguardia mejor no hablar".

Sus crónicas denuncian la grosería y lo soez. Si echamos un vistazo a su libro recopilatorio "Cien artículos", encontramos titulares como: "Las chapuzas", "El feísmo", "Regreso a las cavernas", "basura como mercancía", y tantos otros. Con "Ni al pan, pan; ni al vino, vino", Asensio saluda la nueva "corriente de sinceridades", pero teme: "lo malo, como en todo, es pasarse". Escribe: "Puesto a elegir entre la sinceridad y la mentira, me quedo, claro está, con la sinceridad. Pero entre las zafias verdades del barquero y la discreta cortesía, aunque falsa resulte, escojo esta última". Aquí Asensio se olvida del silencio, al que alguien repudió como la peor de las mentiras.

¡En cualquier caso, al escritor lo justifica la pureza de su arte y lo salva siempre la literatura en su más estricto sentido!, digo yo que opinaría Asensio, con mil elocuentes razones, seguramente.

Su frase lapidaria en ésta época: "literatura actual igual a basura". Con excepciones, claro, como en todo.

HIJO LITERARIO DE MARÍA CEGARRA

María fue su mentora, su maestra, su consejera, su segunda madre...el espejo perfecto al que preguntar y en el que mirarse.

María, a su vez, buscó seguramente en el Asensio de la niñez la prolongación de su hermano Andrés, otro hermano/hijo al que cuidar, por el que desvelarse. Pero ya María era otra María y Asensio no era Andrés.

La sombra protectora de la grandiosa poeta unionense se extiende por todo ese cosmos mágico que va conformando en su vida y en su obra nuestro escritor.

¡Afortunado Asensio que tuviste al lado, casi toda tu vida, a esta hermosa y enigmática mujer, cuya sobresaliente obra literaria, más viva y palpitante cada día, reclama su justa grandeza!

La madre de Asensio y Pepita, hermana de María, eran grandes amigas. Visitaba asiduamente la casa de los Cegarra. Andrés contemplaba desde el helado infierno de su inmovilidad absoluta al pequeñuelo que se ensimismaba en un mundo de lápices de colores y revistas. “¡Mira que bonito, qué cosas más bonicas hace!” Y María, que advierte el comentario, se fija en ese niño por el que comienza a sentir una ternura infinita y ya no aparta nunca sus claros ojos de él.

—¡Tienes un hijo artista. Esto que hace lo hacen los artistas! Profetizaba María Cegarra allá por el año 33. Asensio, con sus diez años, dibujaba un trono de Semana Santa. María lo envía al “Blanco y Negro”, sección “Gente menuda”, y lo publican. Ese gozo íntimo del reconocimiento erudito, ese privilegio tan temprano de saberse “distinto”, le marcarán definitivamente.

Otro día le pone delante un tomo de Gabriel Miró y le prescribe: “¡Asensio, aquí tienes todo lo que te hace falta para ser escritor!” Y nuestro Peter Pan se impregna de aquellas páginas llenas de luz mediterránea y de purísima literatura.

“Gruta de Aladino”, ha llamado el mismo Asensio al despacho de María. Allí le escuchó: “Mi creación es soñar”.

Escribir, crear, fue para ambos una especie de tabla a la que asirse para sobrevivir a los naufragios de la vida; María en su inquietante soledad sonora; Asensio en su ciudad alucinante.

Solteros ambos, profundamente religiosos bajo la advocación declarada de la Virgen del Rosario, concejales al mismo tiempo, docentes, los dos escritores con veleidades pictóricas, los dos académicos, los dos... incluso con una hermana Pepita cada uno que los atendía y a las que veneraron. Un paralelismo que no es casual sino que denota, seguramente, la presencia de María guiando a su alumno predilecto. La

admiración era mutua. Siempre se profesaron un profundo y respetuoso cariño, sin fisuras, sin confidencias transcendentales que fuesen más allá del consejo útil y pragmático. Más que “gruta de Aladino”, yo diría que “Oráculo de Delfos” fue María, para nuestro Asensio siempre anhelante de los dictámenes de aquella gran mujer.

¡Asensio, tu obra es indiscutible, el talento es tuyo, y la gloria. Yo no hablo de similitudes literarias con María, sino de esa “brújula” que todos necesitamos en nuestra particular singladura!

Y ahora, excusa Asensio, pero tengo que aprovechar este momento para narrar una esclarecedora anécdota a propósito de tu María, de nuestra María. Me la cuenta otra alumna suya. Dice Hortensia que un día llega a casa de los Cegarra y se encuentra a Pepita llorando desconsolada. ¿Qué pasa?, pregunta. “¡Hija, una desgracia, una desgracia! “Hortensia, preocupada, piensa que debe tratarse de alguna desagradable noticia familiar. Pero sale María de su habitación y aclara muy seria”: ¡Si, Hortensia, una desgracia. Me han hecho concejala y no puedo rechazarlo porque peligraría mi trabajo en la enseñanza!”

Asensio, cada primero de noviembre, depositaba un gladiolo en la tumba sin nombre de María Cegarra.

ÍNTIMO ASENSIO

¡Tu autobiografía, Asensio!. Sorprendido, sonreías.

—“Paco, no tengo nada más que decir. No hay nada más que lo que ves por mucho que te empeñes”

Ahora creo que es cierto, Asensio. Seguramente has sido el hombre sencillo, amable y transparente; que cada día acudía a su trabajo, a sus periódicos, que estaba presente en cualquier acontecimiento cultural, que pintaba carteles, sugestivos cuadros de dulzura conciliadora. Diseñaba tronos, disfraces, carrozas, escenarios de festivales, desfiles procesionales... Prologaba programas de fiestas, escribía artículos brillantes en el ABC, en la Verdad o publicaba libros alucinantes sobre una tierra alucinada. Una tierra terrible, tan dura, tan cruel, tan despiadada que tuviste que disfrazar también para poder soportarla. La tierra, nuestra tierra, áspera, devoradora de sus propios hijos. Y en tus manos, en tus pinceles y en tus palabras el velo que lo tapa todo y que lo transmuta. ¿El resultado? Nos lo has ido mostrando durante toda tu vida,

que es también toda tu obra: la otra Unión, recreada a tu medida, sin las aristas que herían tu sensibilidad, que te mortificaban. ¡Un mundo para Asensio que disfrutamos todos!

Mago Asensio, fundamentalmente feliz, un hombre sabio como aquél pequeño filósofo azoriniano que deambulaba por las rutas de Don Quijote sin prisas, sin pausas, mascando la humanidad del paisaje y del paisanaje... Hay muchísimo de Gabriel Miró en Asensio, pero también bastante de Azorín y, a ratos, de Cela y de Umbral.

—“¡Y no te olvides que me chiflan las greguerías y Gómez de la Serna!”

¡Que sí Asensio, y también intervenir como el dios bíblico en mitad de su propia creación! El Asensio del metarrelato (para más señas léanse: “El metarrelato en el cuento Chato Juan de Asensio Sáez”, de Tomás Albaladejo Mayordomo.

—¡Que sí, que tú en vez de exclamar como Azorín: ¡Viva la bagatela!, expresabas parecido estado de ánimo con: “¡Si sale con barba, San Antón; y si no, la Purísima Concepción!”.

Seguramente no es Asensio un escritor intelectual, de ideas, sino de refulgente sintaxis. Alumbra más su puzzle de palabras que el asunto que trata. Es menos lo que dice que cómo lo dice. “¿Trabajar la forma y olvidar el fondo, como Cela según Justino Sinova? ¿Pero Cela sin tremendismo ya no es Cela? “¡Doctores tiene la Iglesia!”.

Asensio fabulador, refulgente y visionario, hacedor implacable de literatura pura y gramaticalmente dura,

—“¡Palabras mayores!”, como tú dirías.



M^a Cegarra con Pepita y Juanela (años sesenta)

DESPEDIDA, NUNCA CIERRE

La tarde de invierno es tibia, acogedora, silenciosa. Estamos en casa de Asensio. Todo permanece intacto, en su sitio, tal como él lo dejó. Su “Pepitica”, como la llamaba, evoca con dificultad. Su vida, la de ella, ha quedado reducida a soledad y espera, pero el recuerdo del ausente mitiga dolores.

Se diría que él está aquí, sentado bajo la lamparita, en su sillón de siempre, conversando sin tregua. De pronto, me invade una sensación tremenda de vacío. Algo ha cambiado. La mesa de comedor de madera noble, siempre atestada de papeles, revistas, recortes, dibujos, lápices y libros, está limpia y vacía. Terriblemente desierta. La vetusta mesa donde aconteció todo: Nada menos que la creación de una ciudad. Aquella mesa siempre repleta de sus cosas está ahora deshabitada. ¿Por qué comienza a hacer frío? Me acerco y acaricio la madera ya rugosa, sin barnizar. Levanto la mirada. Lo miro todo sin ver nada. ¿Quién se ha llevado la luz?

¿Ya no va a ser posible recobrar la infancia?

—Asensio, hemos heredado tus palabras.

¿El mejor homenaje?: leerle, releerle.